

elementos de producción crítica  
narración

## *Las dichas del aburrimiento* Paula Winkler

Estamos por sacar el barco. Hanna lleva puestos unos pantalones de hilo blanco y una blusa ligera que deja ver el sostén. Asoleada y sin preocupaciones, como siempre. Me place navegar -imagino que en el mar, aunque esté en el río-. Intento reproducir entonces las tribulaciones de Colón, justificadas por el descubrimiento. Atrae el océano, será por eso que aquellos navegantes aguantaban de todo. Como aventureros debían de sentirse más seguros sin avistar la costa, pues no hay nada más estúpido que recorrer los itinerarios de rutina para no perderse. Hanna le teme a la noche en el agua – en realidad, le teme a todo-, por eso compramos este barco, aunque yo prefiero las barcazas, el bote a remo, izar las velas y abandonarme a la fuerza del viento o al sonido de los pájaros.

- Qué hay de nuevo – le pregunto a una joven muy delgada, de ojos grandes y pelo cobrizo-. Sos amiga de Martín, ¿verdad?
- Sí... Qué va a haber –contesta- me muero de aburrimiento.



Charlamos un poco. Quise saber qué curso había terminado ese año y si solía concurrir al *Rowing*. También llevaba puestos unos pantalones blancos. Se recibiría de maestra en un año, no, no iba seguido a ese club del Delta: su hermano la obligaba por indicación del médico, por lo de la columna. Le susurré al oído que su esqueleto se adivinaba lindo, y se rió. Me dieron ganas de tocarla como la toqué la noche anterior a la mucama en casa. Bajar mis manos desde sus pechos y localizarlos en sus caderas, luego meterle la lengua por entre sus labios y disfrutar de su sensación de pudor y sorpresa.

Pero no lo hice, era conocida de la familia, y mi madre se enteraría. Ella no confiaba en los hombres: éramos unos inmorales, habrása visto la desfachatez de mirar de soslayo a las mujeres. Se

ponía insoportable en la iglesia y nos obligaba a confesar. El sacerdote oía nuestros pecados con paciencia, le gustaba ofrecernos la hostia. La confesión de mi padre duraba menos. Una de mis preferencias, a mi turno, consistía en omitir algún cuento, como el haberme llevado a la cama dos o tres mujeres totalmente borracho. Arrodillado frente al confesionario, veía a mi padre pequeño -muy pequeño-.

Estudié en una universidad católica y, por graduarme con honores, aceptaron designarme en una cátedra. Después de todo no incomoda creer: ¿para qué cuestionar a Dios? Se pierde el tiempo, y como aprendí que el mío es oro, cuando adulto evité el obrar mal sin confesión y al fin me adapté, gustoso, a ley de la iglesia.

- ¿Con quién salimos esta noche? – Omar es hijo de un médico del Hospital de Clínicas. Sacó mención en remo y está haciendo gratis el curso de vela, lo que lo debe de favorecer pues carece de dinero e influencias.
- Seamos prudentes por una vez, ¿qué tal con las chicas? – me apresuro, pues así vendrá Hanna.
- Tengo ganas de juerga, Hernán – responde Omar-. Las *chicas bien*, para el matrimonio.

El muy idiota. Lo dejo e intento convencer al resto. La persuasión es mi fuerte, si logro finalizar mis estudios de abogacía, haré mucho dinero.

- Saldremos con las chicas y si vos no querés, Omar, hacete una recorrida por Plaza Italia, a ver si te enganchás a alguna a tu medida.

Vuelve Hanna. La veo caminar con la elegancia de un gato birmano. Te quiero, Hanna, aunque me dé vergüenza mirarte los brazos cocidos al sol mientras Omar frunce el seño, contrariado, como si adivinara el motivo de la salida de hoy. Las mujeres deben de competir menos, este ha quedado loco desde que le aconsejé fuera tras las busconas de Plaza Italia.

Martín se une al grupo, después de haberle dado un beso en la frente a Hanna. Qué suerte tienen algunos. Sin esa sonrisa y ese porte triunfadores de Martín, a mí me queda convencer a las mujeres con palabras. Soy bueno en eso, qué rabia que le haya dado un beso fraterno.

Hanna está aburrida, Omar sugiere sacar la lancha de Martín. Buena idea, dice Hanna, y aprovecho para darle lecciones de cómo se conduce una *cliff-craft*. Hanna no parece prestarme atención, Martín ocupa todas sus miradas. Ahora le pide que tenga cuidado en el arranque, le da asco el color marrón del agua, que no la salpiquen y tal.

De pronto, como un aparecido, salta a la lancha Reynaldo, y Hanna se cuelga de él. Cómo tardabas, hermanito. Salimos zumbando de la guardería y me detengo a mirar, por un instante, la lengua aceitosa que va dejando la lancha a medida que avanzamos hacia ninguna parte. Omar y Martín gritan de furor, Hanna pone su cara al sol y observa de reojo a Martín. Reynaldo pelea por el timón, no van a cedérselo.

El aceite continúa dibujando una mancha sobre la superficie del agua, y el casco se yergue debido a la fuerza del motor interno, que pega unos chasquidos inevitables.

- Tomemos un atajo que nos lleve hasta el Capitán Sarmiento – se excita Reynaldo.
- Bueno, a ver si mojamos a alguien por este riacho – Martín hace una maniobra rápida para girar y vuelve a reír como un loco-. Sacaremos a Hanna de su aburrimiento habitual, mirá cómo empapo a esos del bote.

Acelera y el agua empapa a los remeros. Parece que voláramos, y grito como ellos. La única tranquila aquí es Hanna, no sé qué me encandila más: si el traje de baño azul que lleva puesto o su piel acerada. A medida que avanzamos se oyen los insultos de algunos isleños. Desafortunados, vayan a río abierto a hacerse los machos.



Hanna continúa tomándose el sol del Delta.

Hubiera preferido remar, pero a ellos les gusta el motor que ruge en vez de los rumores del río. Tiramos ancla, finalmente, cerca del arroyo Abra Vieja. Camalotes hinchidos de agua. Algunos patos pasan atraídos por los juncos, que se bambolean debido al aire fresco. Más tarde, el sonido del silencio, apenas interrumpido por algunos pájaros. También, un largo suspiro de Hanna. Te quiero, Hanna, me casaré con vos y Martín no va a darte ningún beso.

Por la noche nos encontramos en la fiesta que organizó una amiga de Reynaldo para celebrar nunca supimos qué, porque ella habla tanto que no coordina. A la medianoche, sus padres nos dejaron la casa. No me gusta el barrio de San Isidro, soy un bicho de ciudad. A veces, aunque podría alcanzarme el chofer, subo a un colectivo por el afán de recorrer San Juan y Boedo, las avenidas Corrientes, Belgrano y Paseo Colón, los alrededores de Alsina y el barrio de Barracas sur. Rincones de Buenos Aires, construida de culo al río, que reverberan en el cuatro por cuatro - música de malevos y del bajo fondo.

Se arma la batahola entre dos parejas que compiten en el baile. El estruendo de la música y el olor a cigarrillo me hastían lo suficiente como para huir y quedar desparramado en el sillón rococó de la recepción. Abro la ventana de par en par y observo al grupo retorciéndose al compás de un mambo, luego de un *fox trot*. Salvo dos chicas con caderas mullidas como un edredón, que no bailan y se pasean por la pista, las otras mueven sus piernas y brazos con entusiasmo. Parecen salidas de una pantalla de cine: sonrisa de propaganda, cintura avispa y pollera acampanada.

¿Te aburrís, verdad? – Hanna se sienta a mi lado. No tiene la belleza que imponen las reglas autoritarias de la moda, ni siquiera su pelo parece recién peinado, lleva escaso maquillaje y no fuma.

- Sos vos la que te aburrís siempre, Hanna. Yo tengo cuerda para rato. Le sonrío. Me abalanzaría sobre ella para improvisar una lucha cuerpo a cuerpo en ese mismo sillón. (No lo mancharíamos.)

Me contengo. Veo sus piernas, parecen aún más largas sin el traje de baño azul. La parte más jugosa escondida tras el vestido. No hablamos mucho, nos miramos. De pronto Omar, como caído del infierno, se mete y pondera la ciencia, qué imbécil.

No me extraña tanta devoción, con tu padre médico... – meto baza, furioso, por haber sido invadido con su presencia. Es menos costoso ir a la iglesia – continuo-, prefiero los fanatismos con fines más humanos. Omar me contesta que la ciencia salva vidas, yo le replico que vidas, no almas. Él, que la religión es como el opio. Yo: resultaste comunista. Él: no seas ignorante, hombre, creer no significa negarlo todo, parecés un sacerdote. Yo: repetís cosas de Marx y ni siquiera sabés quién es..., y antes de que nos agarremos a trompadas, Hanna nos pide alguna bebida helada, se muere de sed.

El capitán nos avisa que el barco está listo. Zarpamos. Hanna baja a buscar no sé qué cosa. Sus hombros se han ensanchado por la gimnasia y al agachar su cabeza debido a la escalera, me doy cuenta de que el pelo ha perdido los reflejos dorados que me llamaron la atención la primera vez en el *Rowing*. Me habría gustado invitar a los Durañona, pero ella no quiso. No me aburriré, el Río de la Plata tiene sus mañas y quizá tengamos algún chapuzón antes de Carmelo, pese a que el capitán insiste en una travesía sin sorpresas.

Cuando volví de aquella fiesta, mi madre estaba esperándome. Debés graduarte antes que conocer a nadie. Como si hubiera tenido la bola de cristal entre sus manos. Tu padre, empresario, el abuelo, rentista, y heredarás mis campos: para las chicas sos un buen partido. Lo mejor es graduarte de abogado, no se te ocurra pensar en casamiento, los Santa Coloma te ofrecen un puesto importante en su empresa por si no querés ejercer la abogacía, no sé si me explico... y tal.

Me habría gustado embarcar en plena sudestada para oler la tormenta. He visto tanta ola encaramada y timoneado contra tanta corriente, que este río de hoy parece una laguna.

Pasaron muchos años sin ver a Hanna. Dicen que había viajado a Suiza para festejar su título de maestra. Seguí a pie y juntillas los consejos de mi madre: no emborracharme a diario y estudiar para mantener la fortuna de mi familia. Cumplí (por sentido común).

Durante la carrera universitaria tuve muchas amigas y me puse a noviar con una chica. Me mataba, sin embargo, el tener que cruzar media ciudad para visitarla. Al fin opté por lo más fácil y tuve cama caliente en Callao y Alvear.



Sin embargo, me aburría con la chica de la avenida Alvear y con los estudios. De vez en cuando asistíamos con Martín a alguna juerga pesada. Amanecía peor. El Derecho me empezó a molestar: debido a mi exceso de memoria, recitaba los códigos en un abrir y cerrar de ojos y ahorraba un tiempo verdaderamente inútil. Comencé, entonces, a leer a Aristóteles; luego a Confucio y al Tao y me entusiasmaron los formalistas rusos. Pero la vida continuaba como una calesita y todo me parecía *kitsch*. Tal vez, ahora que lo pienso, debí haberme animado a frecuentar otra gente menos banal.

Una tarde húmeda y gris decidí inscribirme en Filosofía. Pero duré poco: muchos estudiantes altaneros. No es que mi inteligencia pudiera tolerar la estupidez e ignorancia de los golpistas, transformadas en dolor y barbarie después, pero tampoco me

resultaba placentero convivir con la roña y las pancartas en el edificio de la Facultad. No quedó otro remedio que graduarme pronto, y enseguida comencé a trabajar.

Pese a que mi padre tenía enraizado aquello de que más vale ser un empresario abogado que un abogado de empresas, preferí la opción más vulgar, el mundillo financiero ya lo había conocido en casa. Viajé a Europa y al poco tiempo, me convertí en un abogado de nota e inauguré mi bufete.

Necesitábamos una secretaria, así que pusimos varios avisos en el periódico. Yo quería elegirla por su buen empeño. Las recomendaciones no son suficientes cuando se requiere el dominio de idiomas extranjeros. Los exámenes los tomaba mi socio, un joven que conocí en la universidad de Heidelberg y que estaba revalidando su título en Argentina.

Durante algún tiempo, gracias al aviso, nuestras oficinas se colmaron de chicas. Feas y desgarbadas, o atractivas. A veces me parecía asistir a una de esas reuniones de mujeres que convocaba mi madre para la beneficencia. Según mi socio, nadie daba en la tecla: o muy inteligentes y soberbias, o ingenuas.

Una tarde que volvía de dar clases, una muchacha llamativa de pelo rojizo -Hernán -dijo, asombrada- ¿sos vos?, tantos años sin verte. Una primera arruga se dibujaba en el rictus de Hanna, que la hacía más bella. La invité a tomar café. Fue cuando me comentó que su familia había quebrado, del suicidio de Reynaldo y que necesitaba trabajar. Le propuse casarnos de inmediato.

Hanna se cambió de ropa. Le preocupa que la travesía esté en las manos de un capitán tan joven. Vaya, a su edad, yo ya ganaba dinero. Ella: no vas a comparar. No le contesto. Pero una cosa es la clase alta y otra, un pobretón - insiste Hanna.

El rostro de mi mujer está envejeciendo. ¿Se te ha oscurecido el pelo, o qué? – le pregunto. Un ligero rubor se apodera de sus mejillas. El cielo se está tapando de unas nubes sólidas, irá a llover de seguro, tal vez antes de que amarremos en Carmelo.

Hay que tomar por el canal del Este hasta encontrarnos con el Paraná de las Palmas. Podríamos haber seguido las boyas de navegación del Río de la Plata hasta Colonia del Sacramento, dormir una noche en esa ciudad construida de cara al río. En cambio, este camino se va navegando al andar - diría Machado-

La boda se celebró en nuestro campo de San Antonio de Areco, un mediodía en el que mi cuerpo reclamaba con desesperación el de Hanna. Bailamos hasta el atardecer y, finalizada la parafernalia, la arrastré al dormitorio y le quité la ropa. Desaforado, pensaba en Martín. Martín se había convertido en un aguafiestas, dicen debido a que una novia lo abandonó en pleno compromiso.

Hanna se transformó en un nuevo trofeo. Tan sólo con su collar de perlas, pude apreciar durante unos segundos sus pezones y el pubis. La toqué y recorrí todos sus huecos. Hanna se adaptó enseguida a mi cuerpo y al fin, caímos exhaustos.

Cuando regresamos de nuestro viaje de luna de miel por La India y las Islas Bali, una mañana que iba camino al trabajo sentí un vacío indescifrable, como un exceso o quizá una falta absoluta de algo. Supe, en esa ocasión, que debía dedicarme de lleno a atender casos, enseñar y escribir libros. Ser académico, un gran jurista.



Avistamos la costa de Carmelo, nos tomó poco tiempo. Aún no llueve. Hanna se ha bronceado pese al sol de a retazos. Conserva sus largas piernas brillantes. Cuando tiro la cuerda al llegar al muelle, me abraza, feliz, y me besa, sin ese aburrimiento sempiterno que me atrajo cuando la conocí. Hanna y sus circunstancias es hoy Hanna y el amarre en Carmelo, Hanna y las fiestas, Hanna y nosotros, las veladas compartidas con amigos en el Colón. Si pudiera deshacerme de las circunstancias que comparto con Hanna y tuviera algún tiempo libre, volvería al edificio roñoso y de las pancartas a averiguar por qué me siento en el mismo punto del que partí, una inevitable nada.

Sin embargo, la vida no girará para mí como una calesita loca, tampoco como un torno deteriorado. Siempre llevo el mando y sé bien lo que la gente espera de mí. (No lo tendrán.) Ganaré muchísimo dinero.

Y no voy a aburrirme.